

# CRONICAS DE ESPAÑA

En cumplimiento del divino precepto de «Ganarás el pan con el sudor de tu rostro», y con la complicidad de un sol canicular cuyos candentes rayos no aminora la menor nubecilla, llevamos los madrileños una decenita ¡que para qué les voy a contar a Vds.! Desde el día de San Lorenzo hasta la fecha, el tueste es continuado y de los que no tienen trazas de desaparecer, y las fatigas de la temperatura se encarga de aumentarlas el diario Boletín del Observatorio que con un lacónico «Calor» nos sume en la mayor de las contrariedades.

Así pues la temperatura, y la baja de la peseta que mientras la temperatura se eleva, ella hace todo lo contrario, son los temas de actualidad ya que aparte de la crisis ministerial que en estos momentos se desarrolla, nada altera la paz y tranquilidad que reina.

Si señores, sí, estamos ya como en los buenos tiempos anteriores a 1923; dieron comienzo las crisis, las gestiones, consultas, y demas zarandajas para ver de conjurarlas y aquí parece que comenzarán las dificultades, pues no es asunto sin importancia el designar un Ministro de Hacienda que en las presentes circunstancias se encargue de esa cartera, dado el estado de nuestra moneda en la actualidad, y sin verse por parte alguna la fórmula o solución que eleve la cotización de la peseta, que, sea efecto... de lo que sea, ya que verdaderamente se desconoce la causa de su depreciación, desciende y desciende con la agravante de la inutilidad de los remedios puestos para evitarlo; antes al contrario no parece sino que han sido motivo de una acentuación en ese descenso.

Dije antes que la temperatura subía, pero hay más, amadísimos lectores, hay más cosas que también suben; figuran en tan triste relación el aceite, el jabón, las patatas y los vulgares balines, base de nuestro plato regional, el clásico «cocido»; los garbanzos por no ser menos en

este pugilato ascensional, elevaron sus precios, según nuestras carísimas mitades nos han participado sin atenuantes de ningún género.

Claro que tenemos el consuelo de que el Ministro de Economía (?) ha dicho terminantemente, «que apenas ha notado esa subida de las subsistencias», y que el Presidente del Concejo también haya dicho «que es exagerado cuanto sobre este particular se viene diciendo»; del mismo *optimismo* disfrutaríamos unos cuantos millones de españoles, si nuestros sueldos, gajes y enchufes, fueran equivalentes a los de un Ministro, pero desgraciadamente no ocurre así y en la mayoría de los hogares el desnivel del presupuesto alcanza caracteres aterradores que nos sumen en la desesperación con vistas al suicidio colectivo.

Para solazar mi espíritu y apartarlo de estas desagradables incidencias, y por otra parte dando una nota íntima de casticismo, encaminé noches há mis pasos hacia la barrada dó se celebra la tradicional verbena de la madrileñísima Virgen de la Paloma; pero si sí, yo que iba avido de diversión y de bullicio, retorné descorazonado y triste; aquello no es lo que fué tiempos atrás, faltaba aquella alegría, aquella animación de entonces, todo se ha modernizado, y en ocasiones, parecía que la gente estaba allí por puro compromiso.

Y como en algo hay que pasar el rato, como si no hubiera cosas de más sustancia en que ocupares, llevamos una interminable cantidad de días, dedicados a leer con una extensión que el asunto no merece, las andanzas, vida y milagros de un actor de cine norteamericano. Me refiero al que aquí se conoce con el sobrenombre de «Pamplinas», cuyo nombre, que supongo auténtico, y por el que acaso ustedes lo reconozcan, es el de Buster Keaton. Pues bien, la prensa se ha creído en el deber de comunicarnos cuanto hace, dice, piensa y se ocupa el mencionado señor, desde el punto y hora en que pisó tierra española; sus impresiones, su vida íntima,—por cierto que con detalles que pertenecen o debían permanecer inéditos,—los planes que tiene para el porvenir, la clase de ropa que usa, sus diversiones favoritas etc. etc., poco menos que si



se tratara de una personalidad que ha venido a realizar la salvación del país, o a producir nuestra felicidad. Son delicias de la cinemania que ha invadido el globo terráqueo acaso como consecuencia de la postguerra, ya que siempre y en cuanto la humanidad hace alguna tontería, sale a relucir el tópico de la postguerra enseguida.

Parecía que iba a dar juego un suceso que se suponía ocurrido en la provincia de Santander, donde en sus costas una bella joven (siempre que interviene alguna en un suceso, los adjetivos son inevitables, aunque luego resulte que no hay tal belleza) había sido precipitada al mar desde lo alto de una roca; los autores del delito eran unos aristócratas conocidísimos, así como la víctima, y cuando se empezaba a sacar punta al asunto y había cuerda para rato, aparece la noticia desmentida y ni hubo tal suceso, ni tal precipitación al pérfido océano; la única precipitación que hubo fué la de algún sujeto que se apresuró a dar la noticia, que en su cálida imaginación había forjado.

Para un corto número de representaciones ha hecho su aparición en Madrid una compañía de ópera en el Teatro Alcazar, a base de precios económicos, y con la cooperación de parte de la orquesta, coros y bailarinas, de nuestro Teatro Real; la gente ha respondido y el local, a pesar de la temperatura sofocante, está nutrido de público; los artistas no desmerecen nada de muchos que hemos oído a precios exorbitantes, y la puesta en escena de las óperas nada deja que desear, teniendo en cuenta las condiciones de local; ello sin embargo, se han presentado obras como Aida que requieren movimiento escénico y decorado por lo menos aceptable; pero estas limitadas representaciones han venido a comprobar que los madrileños estamos hambrientos de música y que todavía no hay señales de que en el invierno próximo se encuentre en condiciones de verificar su reapertura nuestro teatro de la ópera.

Y como la Historia se repite, y lo que no es historia también, estamos de nuevo en pleno período de elección de reinas de la belleza de los barrios de Madrid, con su cortejo de piques, rencillas, y demás menesteres propios de estos casos. Madrid, representado por uno de sus Centros, eligió también su Reina; no voy a meterme en verificar un análisis de su belleza, innegable desde luego, pero sí voy a comentar lo accidental de su coronación, realizada en los Jardines del Retiro y cuya ceremonia acabó como el Rosario de la Aurora, puesto que el público se llamó a engaño y hubo que devolver el dinero a los espectadores y celebrar la ceremonia coronativa a paso de carga.

Y como anticipaba a ustedes en mi crónica anterior, mañana comenzará el desfile para ver las listas del censo electoral y proceder a las reclamaciones a que haya lugar.

El activo Presidente del Comité Hispano-filipino ha hecho una gestión merecedora del aplauso, proponiendo al Alcalde de Madrid que uno de los paseos de nuestro Parque del Retiro se denomine con el nombre de Filipinas, al igual que los que existen y llevan nombres de las repúblicas sudamericanas; no había en verdad razón para tal omisión, ya que solo reciprocidad en el cariño puede haber entre España y esa tierra de bendición, que no olvida los deberes de hija a despecho de tratados y fórmulas.

Y la obra del Sr. Pando y Baura no se ha limitado a lo que pudieramos denominar reparación de un olvido, sino que en su deseo de dar forma con carácter de perpetuidad a esta relación, ha solicitado también la erección de un monumento que conmemore la unión inquebrantable entre Filipinas y España. Hay que desear que todo ello lo veamos muy pronto traducido en hechos, y que Madrid vea plasmada en mármoles y bronce la comunidad de afectos y de ideas que a vosotros nos unen. Si de algo vale mi torpe pluma, tened la evidencia que no he de regatear el trabajo y el esfuerzo para colaborar en esta obra.

Y hétenos ya en pleno ambiente teatral para dar comienzo a la campaña otoñal de Talía; muchos teatros se hallan en plena labor de alfilería, con el fin de ponerles en condiciones—cosa que por lo visto estaba algo descuidada en lo que a seguridad personal se refiere,—otros en período de reorganización de sus huestes artísticas; todo, en fin, va haciéndonos ver que el otoño se acerca, y esto podría conducirme a una serie de filosofías de las que huyo como libre perseguida.

En octubre comenzarán las carreras de caballos, cuyos programas ya han sido publicados.

Y termino por hoy retirándome con la tranquilidad de que la crisis fué solucionada con un sencillo traspaso de carteras, el nombramiento de un nuevo Ministro... y hasta otra, que no vé muy lejana vuestro atento seguro servidor que se parte el espinazo con el saludo que os envía.

*Un Señor de la Corte*

20 de agosto de 1930.